

PREGÓN DE LAS GLORIAS DE MARÍA

7 DE MAYO DE 2026

HDAD. SACRAMENTAL DE LA PAZ - PARROQUIA DE SAN SEBASTIÁN

IGNACIO DEL REY MOLINA, PBRO.

La infancia busca a girones

retales donde caer,

la infancia sueña volver

al hueco de sus rincones.

La infancia tiene razones

para no quererse ir,

la infancia quiere seguir

luchando por no marcharse

y está dispuesta a ocultarse

porque no quiere morir.

La infancia pasa y se queda,

es quien se va y siempre vuelve,

es el viento que te envuelve

y, aun dejándote, te lleva.

Es luz antigua y es nueva,

es un ayer y es un hoy,

es un “fui” que abraza un “soy”,

y un “tuve” que se retiene,

un “va” que siempre se viene,

y un “estuve” que es “estoy”.

La infancia se inventa atajos
por no perdernos la pista,
nos quiere siempre a la vista
rogando sus agasajos.

La infancia en su desparpajo
se esconde en el recoveco
donde un susurro y un eco
sube de la raíz al tallo.

Hoy la infancia se hace mayo
y esta tarde se hace un hueco.

Por eso, que se abra paso,
hoy quiero dejarla entrar,
quiero verla rescatar
apuntes de sus repasos.

Hoy contigo me traspaso
a un sol que se quiere abrir,
un desván por descubrir
que hoy desempolva su historia,
porque aquí hasta la memoria
se viste de porvenir.

Alzo la mirada y pierdo
el trascurrir de los años,
bajando varios peldaños
al sótano del recuerdo.
Y llegando a algún acuerdo
con la insípida añoranza,
abro el álbum que me lanza
a un pretérito en presente,
que señala infantilmente,
con su dedo, una esperanza.

Atisbo incierto a lo lejos
a un niño de poca altura,
que va sumando estatura
y se pone ante un espejo.
Y al mirarse en el reflejo,
el tiempo lo desfigura.
¿Qué ha pasado? ¡Qué locura!
En un soplo, de repente,
se han mirado, frente a frente,
y aquel niño ahora es cura.

Mi madre cogía mi mano
entrando por esa puerta,
siempre grande, siempre abierta,
entre divino y humano.

Mi sueño despliega el plano
del recuerdo que cabalgo,
y os encuentro cuando salgo
y así comparto esta historia:
Hay un Pregón de las Glorias
que quiere contaros algo.

El niño creció a la sombra
de esta muralla encalada,
que con su reja de forja
protegía y abrazaba
el albero y los parterres
de esta patria acurrucada
en una dama de noche
que le presta su fragancia.
Y en el nombre de aquel niño,
la traducción castellana
de un Íñigo que en Loyola
se rindió bajo la espada
del amor que hizo nacer
a la Compañía más santa.

Y sentado en esos bancos,
cada domingo intentaba
que la punta del zapato
de las piernas que colgaban
al fin llegara hasta el suelo
que los mayores tocaban.
La luz doraba la tierra
de esta antigua ermita blanca,
que se adormecía al son
de la tímida campana
que se asoma desde el nido
de esta discreta espadaña
que vio a aquel niño crecer
mientras los años pasaban.
¡Qué camino más bonito,
el de salir de su casa
para llegar a esta otra
que en su mayúscula ensarta
el feroz desbordamiento
del caudal de aquellas aguas
que corren hasta que mueren
en el Río de la Plata!

Aquel chiquillo del barrio,
con el tiempo rellenaba
con la tinta de sus pasos
las hojas por las dos caras
en el libro de los años
que a cuentagotas trazaba.
Otro número de pie,
otra altura y otra talla,
por llegar llegó el acuerdo
de que en rara vez tocara
al fin un pantalón largo
que sustituyera el drama
de aquellos cortos tan cortos
de un gris que siempre picaba.
La bici sin los ruedines
y las rodillas ajadas,
salir solo a por el pan,
tener las llaves de casa,
cruzar un rato a jugar
al MAS de la catalana.
El caso es que siempre afirman
los que saben de la causa
que el tramo de la niñez
que abarca toda la infancia
es decisivo y troncal
en la formación humana.

Porque todo lo que ocurre,
lo que se ve, lo que pasa,
lo que se oye y se intuye,
(aunque solo seas tres cuartas)
se secuestra en las retinas,
se absorbe todo y se empapa.
Por eso no hay borradores
en el dibujo del alma,
porque el carbón delinea
el trazo de las etapas
que van marcando el perfil
que se esculpe y se detalla
al son que el imberbe niño
cambia de curso y los pasa.
La tiza y el garabato,
un borrón y una pizarra,
sin saber que en cada nota
una lección se quedaba.
En la risa y en el llanto,
en la herida mal curada,
en el miedo de una noche
y en la voz de una mañana,
todo se iba cincelandos
sin que se perdiera nada.
Todo cuanto pasa deja
una señal que se clava.

El desplante y la defensa,
el abrazo y la estacada,
el murmullo y el silencio,
la indulgencia y la venganza,
lo que hablan los mayores,
lo que intuyes cuando callan,
el chiste que te humilló
y el brazo que te levanta.
Todo encuentra su aposento,
su alojamiento y su estancia,
para deshacer los bultos
e instalarse en las entrañas.
Y casi sin darse cuenta,
aquella semilla echada
se hizo renuevo en la tierra
y reventó en una rama
que fue asomándose a un mundo
por la rendija entornada
de la nueva adolescencia
de una puerta mal cerrada.
Y cambió juegos por dudas,
y el salón por una plaza,
y el pasillo se hizo calle,
el ruido echó a la calma,
la respuesta fue pregunta,
que más que pregunta exclama.

Y ya no basta lo simple
que de niño le bastaba,
ni la sombra protectora
que daba refugio en casa,
ya persigue la intemperie,
sin prisa pero sin pausa.
Y salió a buscar su sitio,
un hueco en esta maraña
de codazos, empujones
y vértigos que te asaltan.
Y el niño ya no era niño,
era una búsqueda en danza
donde los ojos abiertos
de una sed que no se sacia
se echaron a rastrear
un cómo, un por qué, y un para.

La vida es abrir cajones
para ver lo que se encuentra,
y entre un durante y un mientras,
rastrear por mil razones,
a ver si en los socavones
del barullo, de repente,
doy con algo que contente
mi afán por escudriñar:
¿Dónde voy a ir a buscar
sino es donde va la gente?

Para empezar a buscar
tengo que saber qué busco,
y altanero, osado y brusco,
sin rumbo me eché a indagar.

La aventura fue el lugar
donde quise echar las redes,
dejar mis cuatro paredes,
tirarme a encontrar señales,
naufragar los vendavales,
perder la salida adrede.

“Busca el éxito”, te dicen.
El triunfo y el ganar,
aunque te toque alcanzar
a precio de cicatrices,
que no te frenen matices,
mira por ti, tú a lo tuyo,
sienta en el trono a tu orgullo,
y a los demás, tres narices.
Ponte tú tus directrices,
y que nadie te preocupe,
tú empuja para que ocupes
el sitio que te mereces,
no te bajes de tus treces,

todo está en ti, tú seguro,
que aunque el frente venga oscuro
y aunque no des pie con bolo,
te dicen que puedes solo
aunque no valgas ni un duro.

Yo buscaba ser feliz,
conforme en ser buena gente,
llevado por la corriente
que me arranca de raíz.
Y jugué a ser aprendiz
justo donde no debía,
¿a mí quien me llamaría
a pensar que en el vivir
a golpe de alevosías,
yo pudiera conseguir
aquello que el alma ansía?
Mal atrevida osadía,
esa de vivir corriendo
para morir confundiendo
felicidad y alegría.

Y hablando en el locutorio
donde cita mi conciencia,
me abrazo a la penitencia
de ver como el ilusorio
imperio de la impaciencia
me ensordecíó a la advertencia
de mis torpes repertorios.

Yo alquilado a lo irrisorio
por diez monedas de cobre,
conformándome a lo pobre
con placeres transitorios.

Buscando el “hoy” sin “mañana”,
el “ahora” sin el “luego”,
un ya sin pausas ni ruegos,
vagando sin aduanas.

¿Pero qué estrechez se afana
en dar larga a los cabales
viendo bienes donde hay males?

Un callejón sin salida,
prescindir del “de por vida”
con consuelos temporales.

¿Qué buscaba? No sabía
entre tanta itinerancia.
No buscaba ni ganancias,
ni aspiraciones vacías.
Por buscar, yo buscaría
un rincón donde pararme,
un soplo donde ausentarme,
entre un dónde, un qué y un cuándo,
que lo que estaba buscando
era lo mismo encontrarme.

Y agotado de pensar
que yo era el que decidía,
le abrí la puerta a la fría
sensación de soledad.
Y ahora, ¿quién es capaz
de aligerarme esta losa,
que me oprime, que me acosa,
quién me la puede quitar?
¿Quién me vendrá liberar,
de esta celda y de esta fosa,
tan tenue como tramposa,
de la que quiero escapar?
Y al volverme a preguntar,
saltó una respuesta airosa:
Tú no buscas otra cosa,
lo que buscas es la paz.

Y sus tres letras bastaron
para ir a correr tras ella,
el barrio avanza las huellas
de aquellos que la encontraron.
Su rastreo es el descaró
que me la intenta esconder,
y al vuelo la fui a ver
disimulada en un trecho.
Por nombre me arranca el pecho
y debo reconocer
que no te vuelvo a perder
con la falta que me has hecho.

Busqué dentro y busqué fuera,
y la paz no aparecía.
¿Cómo es posible, decía,
rastreando las aceras,
que no hallara la manera
de al fin desfruncir el ceño?
Rebuscaba con empeño
la paz que mi amor no encuentra.
¿Cómo algo tan grande entra
en un nombre tan pequeño?

Quise buscarla en el fin
de los recodos perdidos.
Mira si fui engreído
que quise buscarla en mi.
Busqué en el “con” y en el “sin”,
donde el “por si” se remete.
No hay grieta q me sujete
indagando en cuanto veo,
y es que esta paz que rastreo
yo no sé dónde se mete.

En la arrogancia del ser,
en el afán del estar,
en las garras del tener
que tan bien sabe embaucar.
Busqué paz en poseer
la razón y sus dominios,
y se empeña este escrutinio
en seguir investigando.
A rastras voy oteando
un remanso para el alma,
queriendo encontrar la calma
y no la estoy encontrando.

Discúlpeme, una pregunta:

¿La paz sabe dónde queda?

Vengo viendo las veredas

donde mis ojos barruntan,

hurgando de punta a punta

cada rincón que vigilo.

No hay descanso, no hay sigilo,

que al fin me abrace y me centre,

Sé que hasta que no la encuentre

no voy a dormir tranquilo.

Y la busqué en sensaciones

de frívolas sequeidades.

La busqué en las orfandades

de huecas aspiraciones.

La busqué en las sinrazones

de esa paz que no da el mundo,

la busqué en lo más profundo

del corazón de los hombres,

y en un cambio de pronombre,

sin vislumbrar donde estaba,

siendo yo quien la buscaba,

la paz pronunció mi nombre.

Y no estaba en el barullo
de tibias frivolidades,
ni estaba en las variedades
seductoras del murmullo,
ni estaba en el aturrullo
de grandes complejidades.

No estaba las cavidades
de mis propias indigencias,
no estaba en la indiferencia
de quien pasa de puntillas.

La Paz no estaba en la orilla
donde muere la prudencia.

La Paz no estaba en la ausencia
de la ansiada valentía,
ni estaba en las agonías
de triviales indecencias.

No estaba en la diferencia
que alza insondables paredes,
la Paz no estaba en las redes
de baratas complacencias.

No estaba en la penitencia
con la que cargo a los otros,
la paz no estaba en los rostros
que guiñan cuando te vuelves,
ni en el velo con que envuelves
lo que la verdad buscaba.

El bosquejo despertaba
ávido, alerta y al quite.
La paz jugó al escondite
y averigüé donde estaba.

La paz no nace en tratados
de acuerdos universales,
ni llega en los vendavales
codiciosos del Estado.
No se compra en el mercado,
ni te la llevan a casa.
La paz no se paga en tasas,
ni se intercambia en la sombra.
Ella se acerca y te nombra,
y atenta te dice: “pasa”.

No se encuentra en el ruido,
ni se tropieza en las prisas,
no es voluble entre las brisas,
ni un susurro en el oído.
Buscar quedó en el olvido
cuando quedé ensimismado,
la paz estaba a mi lado,
en silencio, sin chistar.
No podía imaginar
al fin haberla encontrado.

Donde menos lo esperaba,
donde no caí en la cuenta.
Una voz cadente y lenta
por dentro me atravesaba,
y en los muros retumbaba
para mí, no para otros,
lo que yo tanto esperé
hasta que al fin escuché:
«La paz esté con vosotros.»

Y el “vosotros” me incluía,
la paz era para mí,
y no pude más que abrir
el regalo que traía.
Mis dos rodillas caían
temblorosas al mirar
que ya no había que buscar
detrás de falsas teorías.
Y una luz resurgiría,
nueva, radiante, imponente,
cautivadora, envolvente,
que en su ardor me atraparía.
¿Cómo yo iba a imaginar
que la paz iba brotar
del Pan del Eucaristía?

¿Qué asombro es el que me embarga,
qué amor el que me requisa,
y de dónde esta sonrisa
que me abraza y me descarga?
¿Cómo esta búsqueda amarga
desbarata mis premisas?
¿Nadie alerta? ¿Nadie avisa
de que la paz que cabalga
por verte no se improvisa,
y germina en cada Misa
en más de media hora larga?

Y al fin pude descansar,
y así descolgué mis brazos,
perdiéndome en el abrazo
del regazo de su paz.

La Misa, qué sorprendente,
fue en mi tierra la semilla,
de mis mares fue la orilla
y en mis desiertos la fuente.
Fue la fuerza en la corriente,
la palabra en mi mudez,
un traje a mi desnudez
y entre Cristo y yo fue el puente.
Rescate, misión, simiente,
bálsamo, alivio, consuelo,

cielo y tierra, tierra y cielo,
lo entrevisto y lo evidente.

Y entrando por esa reja,
quizás tú quieras saber
la paz ¿qué tendrá que ver
con lo que aquí se coteja?
“Lo que éste cuenta se aleja
de aquello a lo que venía.
Pensé que pregonaría
poniendo en la paz el foco.”
¿Y a ti te parece poco
ponerlo en la Eucaristía?
No has caído todavía,
vida, camino y verdad,
que en tres letras nada más,
esta hermandad va y exclama,
que en su título se llama
con lo que la Misa da.

El ayer, mañana y hoy,
reciben lo nunca visto,
cuando así pronuncia Cristo:
“La paz os dejo y os doy.”
Y la recojo y me voy,
a una fila en la que viene
el Cuerpo en que se sostiene
la paz que me quiere dar.

Solo queda intercambiar
la “zeta” por una “ene”.
Paz y Pan, luz y alimento,
misterio, sabor, custodia,
por pura misericordia,
una Mesa y un asiento.
Inmensidad y sacramento
y en mi boca un paraíso.
Su paz es mi compromiso,
preso de sus hemisferios,
el Cielo rompe el misterio
bajando al suelo que piso.

Cada domingo en su paz
es un Domingo de Ramos,
y en la Parroquia los tramos
se forman para albergar
al sol de la inmensidad
en el hueco de mis manos.
“Queda limpio, queda sano”
te dice como al leproso.
Fíjate tú si es hermoso
ver como el orbe cristiano
va rescatando tiranos
y levantando condenas,
mientras nos besa y ordena
que vivamos como hermanos.

Su paz no es alegoría,
ni el sueño de sus contextos,
no es quimera, no es pretexto,
de imposibles utopías,
su paz no es la fantasía
de quien no conoce el mundo,
es el anhelo profundo,
que me alista en su batalla,
la paz es grito que acalla
voceando las consignas
de un Dios que no se resigna
y no tira la toalla.

Me está pidiendo que vaya
a sofocar tantos fuegos,
desde su Altar me hace el ruego,
que quiere ponerme en pie,
y en la espada y la pared
me mete y me va diciendo:
“¿Pero en que estáis convirtiendo
este mundo que os dejé?”

¿Cómo pretendes pedir
la paz entre dos países
si en esa escala de grises
donde procuras vivir,
no sabes ni construir
en paz tu propia familia?
Tan pancho, porque concilias
ese divorcio inhumano
de tu boca con tus manos,
que a tiras su piel arranca...
¡Ven a sentarte en las bancas
sin hablarte con tu hermano!

Y Dios llamando a tu puerta,
sigue contando contigo
porque quiere ser testigo
de como su paz se injerta.
Déjate, mira y despierta,
que la cima del calvario
te ha regalado un Sagrario
con su puerta siempre abierta.
Y el Señor te pone alerta,
y te dice que cuidado,
que su corazón cansado
no entiende las oraciones
que luego niega perdones
al que pasa por tu lado.

Por eso, si Cristo os dice
que os la deis fraternalmente,
vamos a ser consecuentes,
no simules, no guionices,
y haz que la paz aterrice,
no en el de alante y atrás,
más bien en la realidad
con la que Dios te bendice.

Así la paz lograría
invadir la humanidad,
germinando de ese Pan
que es el Pan de cada día.
Cristo a voces nos porfía
por qué esa cruz tanto pesa,
que nos repite en su Mesa:
“Hacedlo en memoria mía.”

Paz y Pan, bendita historia
que nos salva y nos redime,
bendita hogaza que imprime
mi pobreza en su victoria.
Hoy se agrieta mi oratoria
cuando el reajo se gira
y ve a una Madre que mira
a un hijo cantar sus glorias.

Bebí de la Fuente Clara,
que enjugó mi corazón,
y hoy llego desde Morón,
donde te busco la cara.

Si el gallo cacareara
lo que Dios chiva a su oído,
diría despavorido,
sin plumas por su vergel:
San Francisco y San Miguel
dan gloria, canto y deleite
al sol, la cal y el aceite
de su tierra enamorada.

Y su luz ensimismada
buena me quiso acoger
entre un hombre, San José,
y una niña Inmaculada.

Ella es la que da cobijo,
al mal de mis tristes manchas,
es torrente y avalancha
de paz por mis entresijos,
es refugio y amasijo
que entre sus dedos me engancha,
y esta noche me da cancha,
silente en su regocijo,
porque le hablan de su Hijo
y se pone así de ancha.

Y al puerto de sus esteros
nos acercamos con Ella,
buscando sobre sus huellas
los pasos de su Cordero,
hoy Él nace si yo muero,
a ver si así soy capaz
de arrancarme mi disfraz
y aquí, y ante el mundo entero,
pedirte, mientras te espero:
“Cordero, danos la paz.”

Y de su cuna a la cruz,
y del pañal al sudario,
y del pesebre al calvario
de mi tiniebla a su luz,
hoy niñez y juventud
se abren paso a vuestro lado,
y en el vino renovado
se distingue otro sabor,
su sangre cambia el color
cuando pronuncia entregado:
“Dichosos los invitados
a la Cena del Señor.”

Hijo y Madre, Paz y Pan,
era lo que yo buscaba,
un golpe seco en la aldaba
que me quiso conquistar.
Dos manos al consagrar
toda búsqueda mitiga,
el sol naciente en la espiga
me tumbó siendo un chiquillo,
me hipnotizó con su brillo
la luz que brota y que sana,
mientras tiembla la campana
que acaricia el monaguillo.

Esta es la Paz de mi barrio,
la que su Hijo quiere darte
mientras su Cuerpo se parte
cuando Ella cuida el Sagrario.
Blanca Paz como el sudario
con que lo envolvió en la muerte,
blanca fue la luz de verte
salir de mi tumba herida,
la piedra estaba corrida
dejando a este mundo en ascuas,
cuando esa bendita Pascua
te dejó aquí de por vida.

Mi entrada por tu salida
hoy te asoma hasta este arco,
y fija el centro del marco
en mi punto de partida.
Es vuelta y también es ida
cuando nos vemos cautivos.
Nada doy, todo recibo
cuando te miro y me afano
en convertirme en tus manos
en una rama de olivo.

La Paz que nos abriría
su paso hasta el presbiterio
es la paz de este misterio
que los curas alzarían
cruzados en la alegría
del bendito ministerio.
La paz es rebaño, imperio,
es Cristo pero es María,
es Prado y Capitanía
del parque, silencio y beso,
es Borbolla y es Progreso,
es joven pero es anciana,
es proa, popa y mesana,
es valle, cima y estero,
la paz es un callejero
con toda América Hispana.

La paz siempre es la Victoria
que se impone a la tortura,
la paz es esta locura
de aquí pregonar sus glorias.
Es novedad y es historia,
la paz es cruz siendo cara,
la paz se desenmascara
secando el llanto a la euforia,
es Hermandad y es Parroquia
donde aquí nunca se para.
La paz es el agua clara
que colma a tanto sediento,
la paz es el alimento
que me atrapa y me enajena,
la paz es la luna llena,
que pronuncia nuestro nombre,
la paz reúne a los hombres
al calor de una patena.

La paz es jardín y albero,
es oratorio y quietud,
es la blanca pulcritud,
del barro del alfarero.
La paz es un limonero
y un porche lleno de gente,
la paz son los penitentes,
abrazados a sus cruces,
la paz se pone de bruces

buscándote a todas horas,
la paz se vuelve invasora
cuando va a pasar revista,
y viendo que te despistas
te sale al encuentro ahora.

La paz es perdón y olvido,
es clamor y valentía,
la paz es la algarabía
de un domingo entre el gentío,
la paz es escalofrío,
soledad y compañía,
es la rítmica armonía
que nos lo pone en bandeja,
la consagración espeja
un blanco que no se aguanta
cuando su Pan se levanta
como el manto que se aleja.

La paz es siempre la bulla
de seis Misas los domingos,
la paz se vuelve un respingo
al canto del Aleluya,
la paz es verso que arruya
el caudal de mis plegarias,
la paz es la legendaria
legión que carga a su Cristo,
la paz es el imprevisto

de una visita cualquiera,
la paz es un río de cera
que riega la espuma blanca,
la paz es la zona franca
donde Dios me dignifica,
la paz aquí significa
abrazo, misión, cobijo,
la paz aquí es el prefijo
que añade la levadura,
la paz crece en la blancura
que la Madre presta al Hijo.

Es el cáliz de diario
y la casulla de fiesta,
la paz es la mesa puesta
el Vía Crucis y el Rosario,
la paz es un columbario
donde la vida es más vida,
la paz es la bienvenida
que estrena su calendario
en la pila bautismal,
la paz es el ritual
de un miércoles de quinario.
La paz es el escenario
de unas redes en la orilla,
y de un Tabor que en Sevilla
tiene forma de Sagrario.

La paz es la atronadora
polvareda de las marchas,
la paz también es la escarcha
del alma que sufre y llora,
la paz aquí es cada hora
que en la invisible dulzura,
siembra el Señor la locura,
del milagro que lo envuelve
cuando la gente se vuelve
y aquí se quedan los curas.

Los que están y los que fueron,
hoy los rescato a mi boca,
que la paz se vuelve loca
en sus laudes mañaneros.
El cura siempre el primero
saca a su parroquia a flote,
a solas, sin que se note,
silencios que valen oro,
que aquí nuestro gran tesoro
son los santos sacerdotes.

Yo lo he visto, yo lo sé,
porque yo aprendí a su lado,
yo lo he visto desgastado
para lavaros los pies.
Ni una vez, ni dos, ni tres,

mi corazón se reclina
ante un cura que termina
cada noche en el Sagrario,
poniendo en su abecedario
tus llantos por las esquinas.

La paz es un estandarte
una bocina, una vara,
es una estola morada
que se acerca a levantarte.
La paz es el baluarte
del amor en el que estallo,
es raíz, es fruto y tallo,
la paz alivia la herida,
es su entrada y mi salida,
y hoy su Paz, noche de mayo.

La paz que el niño buscó
y que encontró en cada Misa
hoy se ancora y se requisa
donde su vida creció.
La Paz de su luz venció
y no hay tiniebla que aguante,
a mi búsqueda un desplante
le di por ponerle fin,
cuando el Pan se alzó ante mí
y estaba la Paz delante.

Y ahora iros, ya marcharos,
a dar fe con vuestras vidas,
que un mundo lleno de heridas,
estallidos y disparos,
clama sediento el reparo
de esta guerra desmedida.
Ella nos pone en salida,
y nos regala la gracia,
Ella nos lanza y nos sacia
entre tanta sinrazón,
ella agarra el corazón
y lo llena de favores,
y aquí te invita a que adores
al único al que adorar,
al que se clava al Altar
del Amor de los Amores.

Vete a tu casa, a tu gente,
y cuenta lo que has vivido.
Di que en medio del ruido
la Paz te miró de frente,
y que lo más sorprendente
es que no te habló de Ella,
sino que apuntó a las huellas
que hasta Dios te llevarían.

Te ha dicho con alegría

que te levantes y andes,
y que no hay nada más grande
que Dios en la Eucaristía.

Hoy cuenta nueva y borrón,
hoy nuestra vida comienza,
el puzle juntó sus piezas
y me exprimió el corazón.
Soy un pobre pecador,
que en el barrio oyó un latido
y aquí dentro halló el sentido
de nuestra cabalgadura,
a la intemperie este cura
entrega aquí su baraja,
al fin ya todo le encaja:
Paz y Pan, misma blancura.
Luz a mis noches oscuras
que derriba mis murallas,
Altar y palio de malla
que se funden al crisol,
rasga el cielo en arrebol
cuando el Pan en Paz estalla,
un barrio entero se calla,
y hasta Dios pierde el control,
la Virgen se prueba el sol,
y el sol es el de su talla.

Su manto es el corporal
donde el milagro transita,
su mano siempre me invita
a aposentarme en su Altar,
y su mirada el umbral
donde Cristo resucita.

Sus varales acolitan
su Mesa, y en un respingo,
uno ve lo que hoy distingo,
y sonrío al descubrir
que Ella no puede salir
otro día que el Domingo.

Mis versos descuajeringo
cuando absortas las estrellas
revelan tras de sus huellas
en el domingo un clamor:
Que es el día del Señor
y aquí también el de Ella.

Bendita al fin la respuesta
que mi pregunta divisa,
y benditas las premisas
que saldaron mis encuestas.

La suma venció a la resta
y llevada por la brisa
la duda escapó con prisa
resolviendo así mi afán.

La Paz se esconde en el Pan

que te espera en cada Misa.

Bendito es este milagro
que nos convoca al encuentro.

Bendito albero que piso
y bendito el movimiento
de los bebés en los carros
a las afueras del templo.

Benditas las capas blancas
con su bendito revuelo,
benditas las esclavinas,
y los canastos de estreno,
benditos son los ciriales
que levanta el pertiguero
y benditas las estampas
que desgastan su pellejo
remetidas en las manos
temblorosas del enfermo.

Bendito San Sebastián,
que en la sangre del Cordero
lavó su vida y la dio
por no silenciar su verbo.

Bendita Virgen del Prado
que sostiene el universo.

Y bendito el Padre Torres
y benditos los desvelos
de un COF que extiende sus brazos
haciendo suyo lo nuestro.

Bendito amor que reparte
Lázaro con su proyecto,
benditos los monaguillos,
bendito Pablo el pionero,
benditas cuatro paredes
con todos los bancos llenos.
Bendita palma rizada
que nos traslada al recuerdo,
y bendito mes de mayo
que hoy llena su altar de versos.
Bendito barrio mi barrio
que se mantuvo en silencio
mientras una cruel pandemia
nos mantuvo en el desvelo
de tocar a vuestras casas
y a Cristo meterlo dentro.
Bendito jardín testigo
de tantos tantos paseos.
Bendito confesionario
de perdón y de consuelo.
Benditas las colgaduras
y bendito el Monumento
donde un jueves como este
mi Dios se tiró en el suelo
y se ciñó la toalla
para enseñarnos su Reino.
Bendita Mesa de Altar
que un día es respiradero

donde descansa su manto
más blanco que el de ese Cuerpo
que se levanta en las manos
que hoy quiero llenar de besos,
del bendito Don Isacio,
Don Teodormiro y Don Pedro,
¡Benditos curas mis curas
y bendito ministerio!
Bendita noche de Pascua
que viste de blanco el lienzo
de aquel que eleva los ojos
y le da el descanso eterno
a los que quiso a su lado,
a los que llamó primero.
¡Bendita sonrisa santa
que hoy tiene Manolo Recio!
Bendita la luz del parque
que le da adjetivo al verbo.
Bendita la flor de mayo
que presta el color al tiempo.
Benditas las azucenas
del Bendito Carpintero.
Benditos cantos que atildan
ese palio de respeto
con que Dios mismo bendimia
las alfombras de romero.
Benditas las letanías
detrás del quinto misterio.

Bendito paño de hombros
tembloroso y sosteniendo
al Buen Pastor que camina
sobre una nube de incienso.
Bendita Oración de Madres
que deja escrito en un cesto
los nombres y las historias
que Dios abraza en un beso.
Bendito el reclinatorio
y bendito el manutergio,
y hasta bendito el lavabo
que purifica mis dedos.
Bendito el sol de lo alto
que gratina el pavimento
como se hornean los dulces
más dulces de los conventos.
Bendita y dulce locura
a de seguir al Maestro,
la de la Pascua florida,
la del bendito misterio
que en un sepulcro vacío
le dio la Victoria al Reino.
Bendita la fe que brota
en la espera y el consuelo
de hacer presente al ausente
de su Capilla y su templo,
sin corona y sin potencias,
sin mantolín ni gemelos,

el Señor de la Victoria
persiste en el tintineo
de una inquieta vela roja
que hace del Sagrario un pecho
donde palpita el latido
del corazón del Maestro.
Bendita Gloria la gloria
que pone cúpula al techo
del palio que confecciona
un bordador moronero.
Benditas palomas blancas
coloreando en su vuelo
un parque donde hasta el aire
quiere vestirse de estreno.
Por eso bendito mayo
y bendito el año entero
que busca en cada domingo,
una replica y un eco
del día en el que sepulcro
puso al orbe al descubierto
viendo la piedra apartada
y allí tendidos los lienzos.
Y encontró su luz la sombra,
y escuchó el mundo el estruendo
de un aleluya naciente
que puso voz a un silencio
con cruz de plata y carey,
no al revés, siempre al derecho,

por los renglones torcidos
que una noche se hacen rectos
abriendo la madrugada
a mi Jesús Nazareno.

Bendita la paz que busca
esta tarde hacerse un hueco,
la paz que quiso ser fuente
en el final del soneto
que dibujaran las rimas
de los Álvarez Quintero.

La Paz de Madre Teresa,
la de San Óscar Romero
que en mis niños del Perú
siembra dignidad en su suelo.

La paz de Sixto y de Susi,
la paz de tantos recuerdos,
la que traspasa estos muros
y la que se queda dentro.

La paz que quiere imponerse,
la Paz de los monasterios,
la paz del Papa León
sin venderse a los preceptos
de aquellos que en los despachos
quieren hacerse los dueños
y llamar al Padre “mío”
cuando solo es Padre “nuestro”.

La paz que nace en tus labios
cuando logran ser discretos,

la paz que brota en tus manos
cuando se ofrecen sin precio,
la paz que surge en tus ojos
cuando miran sin recelos,
la paz que aflora en tus pies
cuando recorren sin miedos,
la paz que busca a codazos
entrar en tu pensamiento
y ganarle el pulso al juicio
altivo, cruel y soberbio.

Por eso la paz hoy sale,
por eso sale al encuentro,
porque el mundo pide a gritos
la paz para el mundo entero.

Y aunque busqué en mil rincones
y escarbé en mil recovecos
queriendo encontrar la calma
donde no estaba el sosiego.

Hoy me pongo ante la Virgen
del blanco de mis destellos,
para contaros que el niño
que combatió el desconcierto,
el que rezó con su abuela
desde la calle Progreso,
puso fin a sus preguntas,
y respiro al desaliento,
y respuestas a sus dudas
y el punto al discernimiento.

La Paz estaba en la Mesa,
donde Dios se hace Cordero
y se parte y se reparte
bajando a la tierra el Cielo.
“La Paz este con vosotros”
cuidaros y protegeros,
si sois hijos, sois hermanos,
por eso su mandamiento,
es que igual que Él nos amó
no dejemos de querernos.
La Paz de la Madre Buena
era blanca como el Cuerpo
que se convirtió en el Pan
que quiso ser tu alimento.
¡Paz y pan, dulce locura!
¡Santo y bendito misterio!
La paz estaba en la Misa,
brotando en el presbiterio
donde Cristo da la vida
en la cima de un madero
para que tu resucites
y esta Pascua te haga nuevo.

La Paz que descubriría
cuando ahí escuché “Tomad”,
me apresó en la inmensidad
que de su amor nacería.
Bendita la Eucaristía
que me vino a enamorar,
conquistándome un audaz
«Hacedlo en memoria mía.»
Su Porvenir mi alegría,
y en mi palabra fugaz,
ya tan solo soy capaz,
a la sombra de María,
de caer que nos envía
con un: “Podéis ir en Paz”.

He dicho.